

Recordar, compartir, aprender

Madrid

Adela Salamanca García, 86 años

Alba Roza Suárez, 20 años

¡ADELANTE A TODA!

Mientras pienso en el metro cómo la vida moderna en la gran ciudad nos ha convertido en autómatas egoístas, me abstraigo a otros tiempos en los que la solidaridad entre vecinos y las buenas formas eran importantes valores sociales. Deseosa de conocer las intrigas de aquellos años, acudo nerviosa a mi cita con Adela, que será mi cronista de esas fechas.

Supe que tendríamos buena sintonía desde el principio, cuando involuntariamente mi pulso en alegre se combinó con el adagio de sus muletas. La historia de 86 años llenos de vida, encriptada en una cabizbaja mirada parece tener su piedra de roseta en las gastadas manos de Adela. Es entonces, en el momento en el que consigues traducir su vida, cuando te encuentras de frente con su penetrante mirada que se abre con honestidad e inocencia ante ti; y el torrente de sentimientos que desborda te captura en su halo atemporal y conmueve hasta lo más profundo del ser, esperando latente que alguien más encuentre el tesoro que esconden sus ojos.

El cuaderno de bitácora que nos llevará al tesoro nos sitúa directamente en el muelle de Villa del Prado, Madrid, en el año 1923 de Nuestro Señor donde nuestra singladura leva amarras. En el modesto navío que zarpa, una recién nacida Adela busca fortuna en el seno de una familia trabajadora con sus padres, tres hermanas y su hermano.

Los primeros años de travesía son los que nuestra protagonista recuerda con mayor cariño gracias a los juegos y la libertad que la rodeaban. Uno de aquellos episodios felices lo relata con una nostálgica sonrisa: “Una mañana allá por 1931 nos vino a visitar La Pasionaria. Nosotros los niños, no sabíamos qué estaba ocurriendo y la seguíamos cantando y corriendo tras ella. A partir de entonces, las visitas de Dolores se fueron sucediendo cada vez con mayor frecuencia, cosa que nos alegraba, porque para nosotros era un juego más”. Era evidente que nuevos vientos azotaban la flota ibérica y un aire republicano se había ido fraguando entre la marinería de las naves españolas, que no tardaría en amotinarse contra sus oficiales en 1936 en sangrientas contiendas a lo largo de tres aciagos años, capitulando con el gobierno de unos nuevos oficiales más severos.

De pronto el silencio cayó sobre nosotras; el rostro de Adela se compunge y pierde su mirada en el vacío. Respirando entrecortadamente me cuenta cuándo ella comienza a tomar conciencia de lo que ocurría en España. La guerra fratricida estaba en su clímax cuando un bombardeo destruyó su hogar y con él todas sus ilusiones. Como una irónica metáfora de España, el inocente trazo que había ido dibujando en sus libretas de la escuela, en 13 escasos años de existencia dejó paso a las ruinas y a la miseria que se convertirían ahora en su realidad.

Sin un techo donde cobijarse, cuatro familias incluyendo a los Salamanca no tuvieron más remedio que refugiarse en una cueva durante los 15 días más largos que Adela recuerda. Fue la solidaridad y el ingenio lo que les motivó a luchar. A la sombra de la omnipresente balacera y de los ahogados llantos nocturnos que se preguntaban cómo salir adelante, confeccionaron camas con tomillos secos y poco a poco consiguieron sobreponerse.

A pesar de la amenaza de encallar, nuestro cuaderno de navegación continúa surcando los caprichosos mares que nos auguran más aventuras. Con 14 años y ante la imposibilidad de prosperar en su tierra, Adela vive una nueva experiencia que la llevará hasta la capital del devastado reino, Madrid; donde trabajará de doncella.



Sus grandes manos asoman de nuevo de su regazo y parecen decirme gesticulando con rotundidad que todo lo que ha obtenido en su vida, ha sido gracias a ellas. En aquél Madrid de 1937 Adela trabajó mucho y creció deprisa, pero tuvo también momentos de ocio. Le encantaba acudir a los cines que había en Conde de Romanones esquina con Tirso de Molina. Entre risas Adela cuenta una anécdota que demuestra que Madrid resultaba excesivamente grande y ella quizá demasiado pequeña en aquella época: “La primera vez que pasé por allí iba a la iglesia; y como desconocía el barrio me acerqué hasta un cartel que decía Amor de Dios. Estaba el edificio cerrado, así que me senté en las escaleras esperando. Pasó un rato hasta que me di cuenta de que estaba en un cine”.

A medida que Adela sumaba millas adentrándose en el océano, va añadiendo nuevas gentes que se enrollan en su vida. El que recuerda con más cariño y con el corazón en un puño es a Paco, un ordenanza, que desde los 20 años se convirtió en su compañero de viaje más leal y noble. Nada le hacía pensar cuando se conocieron en una fiesta que su vida iba a ser tan dura. La primera nube llegó cuando tres años después se casaron y se mudaron a una casa con una habitación y cocina.

Mientras trabajaba en el servicio doméstico de la Gestoría Paniagua, -de la que guarda muy buenos recuerdos-, y diversas casas, -donde asegura le llegaron a explotar cobrando siete duros mensuales-; tenía que encargarse de su propio hogar. Aquella época la recuerda entre lágrimas, le hubiera resultado imposible si Paco no la hubiera ayudado, por ejemplo, a llevar cántaros con agua que tenía que portear de noche para que su hombría no se viera atacada en el pueblo. Los niños llegaron después: María del Carmen, Ángela y Francisco y la ausencia de métodos de control natal implantó el celibato. Adela subraya que no saboreó la buena vida hasta que llegó la menopausia y con ella la democracia, pero desafortunadamente Paco no pudo vivir mucho más para disfrutar juntos. El mejor momento de esos 54 años de convivencia para ella fue cuando su marido tomó el timón y la llevó de viaje a Venecia, Roma y las islas mediterráneas.

El cuaderno de navegación va capitulando, pero no por ello debe de ser olvidado. Las vastas enseñanzas de una experta marina ayudarán a todo aquél dispuesto a leerlo, a no naufragar.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

He de admitir que la historia de Adela me ha engullido de tal forma que recorro las calles ajena a mi realidad, sujeta a la adicción que suscitan en mi cabeza sus palabras. Me siento como un personaje, -de reparto, eso sí- dentro de su humilde pero empedrado camino.

Una vez más vuelvo a la vulnerable anciana y casi no me hace falta preguntarle qué es lo que la mantiene viva e ilusionada. Creo que ella esperaba la pregunta por la mota de picardía que entreveo en sus ojos; y lo cierto es que nadie mejor que una mujer que ha vivido unos 86 años tan dilatados puede responderme. Lo tiene claro, pero tampoco consigue pillarme desprevenida porque mientras le iba haciendo preguntas de su vida siempre acababa desviando las respuestas al mismo tema: su familia, extendida por España, sus hijos y nietos, una bendición para ella, una bisnieta de mi edad y sus hermanos y marido, estos últimos tristemente fallecidos. Recuerda cómo le enseñó a leer y escribir a su hermana mayor, -lo que la permitió trabajar en los Almacenes Progreso de Tirso-, y lo agradecida que siempre se mostró con ella por esto.

Si algo sabe Adela es que toda esta existencia que nos toca vivir engrana y cobra sentido cuando nos rodeamos de gente que merece la pena. Por eso echa de menos en cierta forma la hermandad entre los vecinos de Villa del Prado, cuando las malas cosechas dejaban a familias sin despensa para el invierno o a Fermín Paniagua, dueño de la Notaría y Gestoría en la que trabajó, que acogió a su hijo como gestor en su empresa y lleva trabajando allí 36 años. Por eso no para de hablar de su familia, porque estando unidos y trabajando duro es cómo ha conseguido hacer de ellos personas de bien.